

ron representar; en cambio, La Force, Chatillón, La Tremoille y Rohán enviaron delegados.

La Asamblea ordenó que se reclutaran hombres, echó mano de las cajas públicas y dividió la Francia en ocho departamentos, verdaderas circunscripciones militares, con un jefe general cada una (10 de mayo de 1621). Bouillon, elegido jefe del primer departamento (Isla de Francia, Anjou, Turena, etc.), debía ejercer el mando supremo de todas las fuerzas protestantes. Por haber organizado de un modo tan fuerte la defensa, los católicos acusaron a los reformados de haber establecido una república dentro del Estado. Lesdiguières aprovechó este pretexto para abandonar la causa común, siendo seguido su ejemplo por la mayoría de los señores reformados; únicamente Rohán, Soubisse y La Force permanecieron fieles a ella. Pero, aun aparte de los grandes, no existía unanimidad en la Francia protestante; así mientras el Mediodía (y aun no todo) se alzaba en armas, el resto de la nación mantenía tranquilo.

Luynes se hizo conferir la espada de condestable para vencer a la herejía. El ejército real ocupó Saumur, se apoderó de Saint-Jean d'Angely y puso sitio a Montaubán (18 de agosto de 1621), que fué heroicamente defendida por La Force y por el ministro Chamier (septiembre-noviembre). Cuando el Condestable, de quien se decía que permanecía siempre lejos del peligro, vió el mal éxito del ataque, entabló negociaciones con Rohán. Tanta debilidad era motivo de escándalo, porque la guerra era popular entre los católicos. En París, cuando se supo la muerte de Mayenne, ocurrida delante de Montaubán, el populacho se amotinó matando a varios reformados que regresaban del oratorio de Charentón é incendiando y arrasando este templo. Los devotos estaban furiosos; el P. José se valía del cardenal de Retz y del arzobispo de Sens para infundir nuevos ánimos al Condestable; y el P. Berulle se lamentaba y repetía «que no creía que Dios quisiera exterminar a los herejes con un instrumento tan malo (Luynes).» El confesor del rey, el P. Arnoux, se había fijado hacía tiempo en Richelieu, en quien los entusiastas veían al hombre de la Providencia, y ya en 2 de junio de 1621 le escribía: «Cuando un nuevo caballero hecho en los arrabales de Saint-Jean-d'Angely (Luynes) os habrá cedido definitivamente su puesto, nadie se sentirá tan satisfecho (sin exceptuar siquiera al P. José, á quien cedo en vuestros afectos) como yo.» El P. Arnoux excitaba, además, á Luis XIII contra su favorito.

Luynes tuvo todavía bastante influencia para hacer que el confesor fuese relevado de este cargo; pero se vió obligado á levantar el sitio de Montaubán y por ello le guardó rencor el joven monarca. Tal vez iba á caer en desgracia cuando murió de fiebre exantemática delante de la pequeña plaza de Monheur (15 de diciembre de 1621).

El bondadoso Berulle, en una carta á Richelieu (26 de diciembre), calificaba aquella muerte de «golpe de justicia y de misericordia.» Los devotos sólo se acordaban de los errores de Luynes, olvidándose de los servicios que les había prestado: por debilidad, por incapacidad ó por celo, es lo cierto que había contribuído al triunfo del catolicismo europeo, y, sin embargo, nadie se lo agradecía.

CAPITULO V

ADVENIMIENTO DE RICHELIEU (1)

- I. Favor pasajero de Condé. — II. Gobierno de los Brulart.
III. Richelieu contra La Vieuville.

I.—Favor pasajero de Condé

Muerto Luynes, ¿quién gobernará al rey y á Francia? Los pretendientes son en gran número: Condé, que ha dejado su gobierno del Berry para ir á recibir á Luis XIII en unión del cual regresa á París; María de Médicis, que le espera en esta capital después de haber enviado á Richelieu á Orleans para saludarle, y además los miembros del Consejo, como Jeannin, el canceller Brulart de Sillery, con el apéndice de su hijo; Puisieux, secretario de Estado en los Negocios Extranjeros, el cardenal de Retz, astuto, suave y timorato, y el nuevo guardasellos, De Vic.

El rey, en un principio, pareció inclinarse á su madre. Á la alegría que ésta le demostró el día de su llegada de volverlo á ver en buen estado de salud y hecho verdadero soberano (27 de enero de 1622), respondió Luis XIII que le probaría con actos que jamás un hijo amó ni honró mejor que él á su madre. María de Médicis le creyó con demasiada facilidad. Tenía el monarca veinte años, no era tan dúctil como antes y ya se revelaba celoso de su poder y perezoso de ejercerlo; temía el carácter autoritario de Richelieu, respecto del cual escribía el nuncio Corsini que era capaz de tiranizar al rey y á su madre. María hubiera debido retener á su lado á su hijo para consolidar su influencia sobre él; pero la guerra se imponía.

Los protestantes no estaban sometidos; España se burlaba del tratado de Madrid, y el sucesor de Felipe III († 31 de mayo de 1621), Felipe IV, mostrábase belicoso y había atacado á los holandeses cuando éstos, al

(1) FUENTES: *Lettres, instructions diplomatiques et papiers d'Etat du cardinal de Richelieu*, I y VII, «Coll. de Doc. inéd.» *Mémoires de Richelieu*, M. y P., 2.^a série, VII. Aubery, *Mémoires pour l'histoire du cardinal Duc de Richelieu*, I, 1660. Federico Leonard, *Recueil des traités*, IV y V. *Recueil des pièces les plus curieuses qui ont esté faites pendant le règne du connétable M. de Luynes*, ed. de 1632. *Mémoires du comte de Brienne*, M. y P., 3.^a série, III. *Mémoires de Fontenay-Mareuil*, 2.^a série, V. Bassompierre, *Journal de ma vie*, «S. H. F.» III, 1875. *Mercur françois* VIII, y IX. D. Teodoro Kükkelhaus, *Zur Geschichte Richelieus. Unbekannte Papiere Fancans*, «Historische Vierteljahrschrift», II, 1890.

OBRA DE CONSULTA: Le Vassor, *Histoire de Louis XIII*, 1757, II. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII*, 1758. I. Duque de Aumale, *Histoire des Princes de Condé*, 1886, III. A. Laugel, *Henry de Rohan, son rôle politique et militaire*, 1889. Enrique de La Garde, *Le duc de Rohan et les protestants sous Louis XIII*, 1884. Du Fayard, *Le connétable de Lesdiguières*, 1892. Bertoldo Zeller, *Richelieu et les ministres de Louis XIII, de 1621 à 1624. La Cour, le gouvernement, la diplomatie d'après les archives d'Italie*, 1880. G. Hanotaux, *Histoire du cardinal de Richelieu*, tomo II, 2.^a parte: *Richelieu rebelle. La crise européenne de 1621. Richelieu cardinal et premier ministre (1617-1624)*, 1903. Luis Batiffol, *Au temps de Louis XIII*, 1904. P. Houssaye, *Le P. de Bérulle et l'Oratoire de Jésus*, 1874. Samuel R. Gardiner, *History of England from the accession of James I to the outbreak of the civil war*, IV (1621-23) y V (1623-25), 1890-1891. Charveriat, *Histoire de la guerre de Trente Ans*, 1878, I. Dr. W. Schreiber, *Maximilian I der Katholische Kurfürst von Bayern*, 1868. Geley, *Fancans et la politique de Richelieu, de 1617 à 1627*, 1884.

expirar la tregua de doce años (1621); se habían negado á reconocer su soberanía. El emperador había sojuzgado la Bohemia, y el Elector palatino, despojado del Alto Palatinado por Maximiliano de Baviera, y del Palatinado renano por Tilly, general de la Liga católica, y por Gonzalo de Córdoba, jefe de las fuerzas españolas, habíase visto obligado á refugiarse en Holanda. Los grisonos, apremiados por Feria y por el archiduque Leopoldo, habían aceptado por fuerza el tratado de Milán (29 de enero de 1622) que les arrebató la soberanía de la Valtelina y prohibía á los protestantes residir en el valle.

Burlado, pues, por los españoles y provocado por los protestantes, Luis XIII había de elegir entre sus enemigos. María, influida por Richelieu, aconsejó que se aplazara la destrucción de los hugonotes y se obligara al rey de España á cumplir la palabra dada respecto de la Valtelina. «Entrar en una guerra civil no es el camino indicado para llegar á ello, según se vió en el sitio de Montaubán, en donde ellos (los españoles), en vez de dar cumplimiento al tratado de Madrid, han llevado sus armas más lejos y avanzado considerablemente el propósito que tienen de llegar á la monarquía de Europa; que, en verdad, es preciso más bien parecer que relajar en lo más mínimo la dignidad real, pero que le parece que ésta queda salvada si se les (á los hugonotes) da la paz y abolición de sus crímenes, sin devolverles ninguna de las plazas que les han sido tomadas.»

Este parecer era la revelación de una política que se preocuparía firmemente de los intereses de Francia y sabría vencer las dificultades. Los antiguos ministros de Enrique IV, por muy partidarios que fuesen de las alianzas católicas, comenzaban á temer los progresos de la casa de Austria y aun sentían, á causa de ellos, cierto disgusto contra la Curia romana. Así lo observaba el nuncio Corsini con acritud (carta de 25 de enero de 1622): «Los políticos y los partidarios de los hugonotes tienen el campo libre y no carecen de argumentos para desaconsejar la guerra contra los herejes en Francia: así obran el canciller, el presidente Jeannin, Crequy, yerno de Lesdiguières, Bassompierre, amigo de Crequy, Blenville (Blainville), Lesdiguières y Bouillon. El príncipe de Condé, Schomberg, el cardenal de Retz y el guardasellos quieren, por el contrario, la continuación de la guerra interior.»

Soubisse, cometiéndole una torpeza, tomó la ofensiva, y Luis XIII, que se consideró provocado, dejóse arrastrar por Condé y partió precipitadamente de París en 21 de marzo de 1622, dirigiéndose directamente contra el enemigo, á fuer de digno hijo de Enrique IV. Su madre le importunaba con sus consejos y le escribía «que no era razonable exponer tan fácilmente su persona» con escasas fuerzas enfrente de un adversario tan numeroso; en cambio Condé, más hábil, halagaba su valor. Soubisse se había apoderado de la isla de Olerón, de Royán y de las Sables-d'Olonne, y había avanzado hasta la isla de Riez. Allí le sorprendió Luis XIII sin darle tiempo para emprender la retirada, y vadeando el canal arremetió contra él espada en mano (16 de abril). Toda la infantería pereció ó fué hecha prisionera, y Soubisse logró escapar con un centenar de jinetes; 575 de sus soldados que cayeron en poder de las tropas reales fueron condenados á galeras.

Condé avanzó hacia el Sur con el rey que sólo deseaba ir hacia adelante, y dejando al conde de Soissons apostado delante de la Rochela, atacó Royán y en cinco días se hizo dueño de esta plaza (7-11 de mayo de 1622).

Los grandes señores protestantes entraban en tratos: La Force rindió Sainte-Foi á cambio de un bastón de mariscal; el marqués de Castelnaud de Chalosse entregó Mont-de-Marsán por veinte mil escudos; Sully, que se avenía mal con el papel de rebelde, restituyó á la obediencia del rey las plazas del Quercy; y Chatillon, gobernador de Aigues-Mortes, dificultando la rebelión del Bajo Langüedoc, se conquistó el mariscalato, que le fué concedido algunos meses más tarde. Únicamente Rohán combatía y negociaba por todo el partido; mas como Condé prefería el empleo de la fuerza, el ejército real envolvió Montaubán, se apoderó de Negrepelisse (8-12 de junio) pasando á cuchillo la población, tomó por asalto Saint-Antonin y se encaminó hacia el Bajo Langüedoc.

En Tolosa, el rey hizo registrar por el Parlamento varias letras patentes que declaraban criminales de lesa majestad al duque de Rohán y á su hermano Soubisse, quien se había trasladado á Inglaterra para solicitar la intervención de Jacobo I.

No era sólo la pasión religiosa la que impulsaba á Condé á hacer la guerra tan vigorosamente. Confesaba á Fontenay Mareuil, entonces maestre de campo y que ha dejado interesantes memorias, que si tenía la misma suerte de Enrique IV, es decir, si llegaba á ser rey, no quería que le echaran en cara el no haber acabado con los hugonotes cuando podía hacerlo: «Mas no lo decía todo, añade el juicioso testigo, pues es cierto que muchos de esos que hacen horóscopos le habían predicho» la corona «y que no dejaba de abrigar esperanzas, viendo que el rey no tenía hijos y que Monsieur permanecía soltero.»

Con sus altanerías, empero, fatigaba á Luis XIII y á los ministros. Los Sillery quisieron procurarse el auxilio de la reina madre contra él y apoyaron en Roma la promoción de Richelieu al cardenalato. Lesdiguières, gran partidario de la acción en el exterior, trabajaba, desde el comienzo de la guerra, para reconciliar al rey con sus súbditos hugonotes, y habiéndose convertido al catolicismo (25 de julio), obtuvo la promesa de la espada de condestable y ganó mayor autoridad para recomendar la paz. Condé, sin embargo, insistía en sus propósitos y puso sitio á Montpellier (1.º de agosto).

Los sitiados se defendieron bien, hicieron furiosas salidas y mataron á una porción de personajes de nota. Montpellier tenía trazas de ser otra Montaubán; pero intervino Lesdiguières y se firmó la paz. Condé, irritado, pidió y obtuvo permiso para marchar á Italia, pretextando para este viaje un voto que había hecho durante su prisión en Nuestra Señora de Loreto. El favor de que en tan alto grado gozara había concluído. La paz de Montpellier (18 de octubre) confirmaba el Edicto de Nantes, concedía la celebración de las asambleas religiosas sin autorización y de las políticas con autorización del rey, reintegraba á todos en la posesión de sus cargos, honores y dignidades, y permitía que La Rochela y Montaubán conservaran sus fortificaciones, pero ordenaba la demolición de la mitad de las de Ni-

mes, Castres, Uzés y Millau. Montpellier no tendría guarnición real ni ciudadela y la custodia de la ciudad quedaría confiada á sus cónsules. Rohán recibió el gobierno de Nimes, Uzés y Castres y una pensión de 45.000 libras; Soubisse obtuvo también una pensión.

II.—El gobierno de los Brulart

La ausencia de Condé dejaba libre el campo á los Brulart. Muertos el cardenal de Retz, el guardasellos De Vic, y el presidente Jeannin, los dos primeros durante la campaña y el tercero en 16 de octubre de 1622, en su casa de París, el único personaje de viso de la parte de Consejo que se había quedado en París era el cardenal Brulart de Sillery. Su hijo, Puissieux, discípulo y sucesor de Villeroy, ministro y secretario de Estado, había acompañado al rey y tendía á monopolizar la dirección de los negocios extranjeros; y el comendador de Sillery, hermano del canciller, hallábase de embajador en Roma. Estos tres hombres, de acuerdo con Lesdiguières, podían, si querían, convencer á Luis XIII y explicar al papa Gregorio XV que Francia necesitaba ejercer una acción vigorosa en el exterior. En Alemania, Tilly y Gonzalo de Córdoba habían ocupado las plazas fuertes del Bajo-Palatinado, Heidelberg y Mannheim, y derrotado en Wimpfen (6 de mayo de 1622) al margrave de Baden-Durlach, y en Höchst (20 de junio de 1622) á otros dos defensores del Elector palatino, Cristián de Brunswick, administrador de Halberstad, y un aventurero, el conde Ernesto de Mansfeld, que había ya reclutado tropas y combatido en Bohemia contra los imperiales. La Unión evangélica se había disuelto (1622).

La corte de España, considerando caducado el tratado de Madrid, convenció al embajador de Francia, señor du Fargis, para que firmara el convenio de Ocaña (mayo de 1622), que ordenaba la restitución de los fuertes de la Valtelina al gran duque, hasta tanto que el papa y los reyes de Francia y de España se hubiesen puesto de acuerdo sobre las medidas destinadas á proteger á los católicos valtelinos contra los grisonos. El nuncio Corsini, para decidir á Luis XIII, propuso (Compromiso de Beziers, julio de 1622) que el duque de Lorena substituyera al gran duque de Toscana, demasiado dependiente de los españoles.

Los grisonos, que nuevamente habían empuñado las armas, fueron derrotados por el archiduque Leopoldo á quien hubieron de ceder ocho de las Diez Jurisdicciones.

En los Países Bajos, Mauricio de Nassau, agobiado por los años, apenas podía resistir á Espinola. La corte de Francia estaba alarmada: «¡Señor, á la Valtelina!», decían muchos señores dirigiéndose al rey; Lesdiguières recomendaba la alianza con el duque de Saboya y los mismos venecianos llamaban en su ayuda á los franceses. Luis XIII citó al duque de Saboya en Avignón, en donde, en 19 de noviembre de 1622, se celebró un gran consejo al cual asistieron Carlos Manuel y el embajador de Venecia, Juan Pesaro, y en el que se acordó exigir á España el cumplimiento puro y simple del tratado de Madrid. En Lyon, en donde entró en 19 de noviembre de 1622, juntáronse al rey su hermano, el príncipe del Piamonte, y su hermana Cristina de Fran-

cia, y allí se decidió la formación de una liga; pero como si los Brulart tuvieran miedo de su propia audacia, aplazóse la firma del tratado hasta que el rey regresara á París.

En Lyon, María de Médicis esperaba á Luis XIII, que le prodigó grandes caricias. Su favorito, el obispo de Luzón, había sido promovido cardenal (5 de septiembre de 1622).

La reina madre volvió á entrar en el Consejo y tuvo su participación en el poder, participación que Puissieux habría aumentado si María hubiese consentido en alejar á Richelieu, cuya ambición le inquietaba. El mismo rey no se entregaba enteramente por odio al cardenal y se mofaba de la dependencia de su madre; pero ésta, á pesar de las burlas de su hijo, conservaba á su lado á Richelieu del mismo modo que, á pesar de su marido, había conservado á los Concini. Richelieu, seguro de llegar con ella y por ella, mandaba como dueño en la casa de la reina madre; y las mujeres, el boticario y los demás criados italianos iban á lamentarse al florentino «de la dominación soberbia é interesada del cardenal, que quiere dominar, sea por ambición, sea por avaricia, á todos los demás servidores de la reina.»

Richelieu enviaba á María á repetir al rey las lecciones de política exterior que él le daba, y motivos tenía para censurar la política del Consejo del rey: «La vejez de los ministros era tanta, escribe, que temerosos de lo largo de los viajes que tales planes podrían obligarles á emprender, dieron consejos conformes con la debilidad de su edad.» ¿Quería, pues, Richelieu la guerra con España? No: entre los partidarios de la guerra y de la paz á todo trance, adoptaba un término medio, opinando que ni debía «irse tan de prisa que se atacara abiertamente á un enemigo tan poderoso, ni debía temerse á éste de tal modo que por este temor se abandonaran los intereses del Estado.»

«Era preciso, en su concepto, manifestar á los españoles que se desea con pasión continuar en la buena inteligencia que, durante tanto tiempo, había existido entre ambas coronas, hacerles ver la injusticia que cometían atacando á nuestros aliados, y al mismo tiempo que se empleara este procedimiento cortés, declararles la resolución de no consentirla (aquella injusticia). Dejar, á fin de demostrar que en ello se piensa enérgicamente, diez mil hombres efectivos en la frontera de Italia...; distribuir otros tantos en guarniciones, en toda la Picardía, en la frontera de Francia... De esta manera los españoles, al ver los preparativos y al oír hablar cortésmente, temerán, mejor que con amenazas, que se produzcan efectos para ellos desventajosos...; al paso que si se les amenazaba abiertamente y no se hiciese nada, tendrían en gran menoscabo las fuerzas y las palabras del rey.»

Su política, á diferencia de la de los Brulart, era pacífica en la forma y enérgica en la intención, y consideraba que aquéllos se limitarían á bravuconadas y que desvanecerían la espada para volverla á envainar, lo cual, en caso de que los españoles no se acobardasen, era exponerse á una retirada humillante.

El día 7 de febrero de 1623, firmábase en París, entre Francia, Saboya y Venecia, una liga ofensiva y defensiva para lograr «la restitución de la Valtelina y de